

## *Europa, una identidad caleidoscopio*

*Discurso por una desnacionalización de la Nación*

*En la época del respeto de la dignidad humana desde el punto de vista cosmopolítico*

Por: Nelson Vallejo-Gómez ♣

*"Mostradme la moneda con la que pagan el tributo.*

*Y le presentaron un denario.*

*Él les preguntó:*

*¿De quién son esta efigie y esta inscripción?*

*De César, le respondieron.*

*Entonces les dijo: dad, pues, a César lo que es de César,*

*Y a Dios lo que es de Dios".*

Evangelio según el apóstol Mateo (el año +33)

Las comunidades pacíficas, que labran, desde hace más de dos mil años, llanuras y costas de la placa del subcontinente asiático que llamamos *Europa*, buscan una *marca de reconocimiento* identificable por sí mismas y por los demás.

Como todos sabemos, desde la investigación de Heródoto (el año -400) sobre el rapto de una hija del rey de Sidón, "Europa" es un nombre, al principio mítico y en el sentido caleidoscópico, que designaba para la antigüedad griega el norte continental desconocido de su propio territorio. Para las ciencias de la Tierra, *Europa* es una entidad geográfica desprovista de fronteras naturales; tiene menos consistencia geofísica, por ejemplo, que el subcontinente indio; en cuanto a las fronteras internas que la identifican como una cultura europeizada clara y distinta, Buenos Aires, Nueva York, Cabo Verde, Alejandría o Estambul podrían, igualmente, reivindicarlas.

A Borges le gustaba decirles a los europeos "auténticos", respondiendo a la pregunta de Paul Valéry *–Pero ¿quién es, pues, europeo?*<sup>1</sup>, que los americanos del norte o del sur son los únicos que pueden creerse "europeos", al entender que en *Europa*, teniendo en cuenta los nacionalismos apasionados, solo sabemos ser franceses o alemanes, ingleses o españoles, rusos o polacos...

La identidad de Europa es como un caleidoscopio que intentaremos analizar aquí. Entre sus figuras, hay una, inédita, que nos interesa muy particularmente y cuya "marca de reconocimiento" está en vía de afirmarse. Para entenderla bien, necesitamos un nuevo paradigma, que está surgiendo, el cual necesita un cambio de mentalidad, es decir, una especie de "crisis de identidad", cuyo proceso cultural o mestizaje planetario está en curso. Se trata, en efecto, de esta entidad política y moral en funcionamiento que

---

♣ Miembro fundador y secretario ejecutivo de la Academia de la Latinidad, diplomado de filosofía de la Sorbona-París IV, doctorando de la Universidad de Rouen, miembro del Consejo del IHEAL ( Instituto de Altos Estudios de América Latina de la Universidad Nueva Sorbona -París III), vicepresidente de la red de revistas *Synergies-pays* del GERFLINT (*Grupo de Estudio y de Investigación del Francés como Lengua Internacional*).

<sup>1</sup> Cf. VALÉRY, Paul. *Mais qui est donc Européen?* En *Œuvres I*, edición. La Pléiade, Gallimard, París, 1957, p. 1007 y sig.

lleva el bonito nombre de *Unión Europea*. Todavía no es el nuevo patronímico de la “Hija de Sidón”, ya que toda Europa no está unida aún y falta mucho para ello. Rusia, por ejemplo, debería, en primer lugar, hacer la autocrítica de su *delirium imperium* veleidoso, antes de aceptar el compartir un destino político y moral común, especialmente con las repúblicas vecinas. Debería aprender a vivir serenamente las contradicciones de su memoria. Acaso necesitaría también su propio “Juicio de Núremberg” y un “Plan Marshall” europeo. Sin eso, la Rusia política no sabrá lo que es *el respeto de la dignidad humana*. Y sin embargo, sus élites podrían, en la poesía rusa, interpretar el alma de la identidad humana. Incluso diré, inspirándome en una niña rusa herida por las dos guerras mundiales y la Revolución de octubre, Marina Tsvétaïéva, que no solamente el alma es “*la única palabra de todas las lenguas que no soporta adjetivo ni explicativo*”, sino que esta palabra, o esta cosa mágica, es también la única que no soporta ni las cédulas ni las ficciones de identidad de una lengua, una cultura, una fe o un partido únicos.

Es verdad que para Europa como tal no hay problema de identidad. Este continente siempre ha sido un *continente*, un caracol sonoro de identidad múltiple, de diversidades étnicas, culturales y lingüísticas. En cambio, la *Unión Europea* es una cosa inédita, en esta región del mundo, que más ha experimentado la astucia, el complot, la guerra, la traición y que ha tocado el fondo sin fondo del mal radical, de la ignominia y la infamia. Los europeos reclaman con todos sus deseos, para el siglo XXI, una nueva marca de reconocimiento o de identidad, que proceda no de algún *Deus ex machina* o de algún César de paso, sino de la *dignidad humana*. Su herencia humanista y la pobreza en el mundo hacen impúdico y frívolo ser solo un club de ricos. Al igual que su herencia cultural y religiosa hace sospechoso, incluso deshonesto, el considerarse solo un “club cristiano”.

Las mujeres y los hombres que tienen en la *Unión Europea* la responsabilidad de inspirarse en los valores que la fundan, de encarnarlos, y que mantienen su *Tratado constitucional*, nunca olvidan que estos valores han sobrevivido al horror de Auschwitz, y que es en el seno de una Europa que alcanzó un nivel de indignidad inconmensurable, donde la *dignidad humana* ha sido restaurada como valor fundamental. Por esto también tienen la responsabilidad de promoverlos en ejemplaridad y testimonio al exterior de las fronteras de la *Unión*. Dicho de otro modo, como piedra de toque de sus relaciones económicas, políticas y culturales con el resto del mundo. En efecto, el artículo III-292 (Título V, capítulo 1) del *Tratado*, relativo a la *Acción exterior de la Unión*, dice en el primer párrafo:

“La acción de la Unión en la escena internacional se basa en los principios que han regido su creación, su desarrollo y su ampliación, y que pretende promover en el resto del mundo: la democracia, el Estado de derecho, la universalidad y la indivisibilidad de los derechos del hombre y de las libertades fundamentales, el respeto de la dignidad humana, los principios de igualdad y de solidaridad y el respeto de los principios de la Carta de las Naciones Unidas y del derecho internacional”.

Los pueblos del planeta constituidos en Estado-nación consideran con atención este proceso de surgimiento de un *modelo de democracia de-liberadora cosmopolítica*<sup>3</sup>, de *dignidad humana* como piedra angular, apropiada en la era de la mundialización.

<sup>2</sup> Cf. *Le ciel brûle*. Ed. poésie/Gallimard. París, 1999.

<sup>3</sup> FERRY, Jean-Marc. *L'Europe, l'Amérique et le Monde*. Ed. Pleins Feux, Nantes, 2004, p. 85 y ss.

“Una sociedad es democrática cuando sus asuntos son gobernados por la deliberación pública de sus miembros”, dice Joshua Cohen<sup>4</sup>. La deliberación se entiende como un intercambio de argumentos racionales que apuntan a crear un consenso; se puede incitar a los actores a que modifiquen sus preferencias de partida. Eso diferencia la deliberación de la simple negociación, dominada por elecciones estratégicas, salvando la hipótesis de una buena voluntad moral de los participantes. Los demás Estados-nación del planeta podrían, en efecto, inspirarse en este *modelo deliberativo transnacional* para resolver su problema de reconocimiento, de monopolio del poder y de la soberanía en los niveles social, económico y político.

Al crear una moneda única, los Estados miembros de *la Unión Europea* privatizan la economía y los medios estatales de producción, esperando instaurar dispositivos normativos entre naciones en círculo virtuoso, que regulen el capitalismo y que tomen en cuenta la disparidad estructural de los niveles de desarrollo, sin lo cual los principios de la libre competencia y la libre circulación aumentan la desigualdad y la iniquidad entre sociedades e individuos.

Es necesario darse cuenta aquí de una amalgama prejudicial entre “privatizar” la economía y “descentralizar” los medios de producción. El capitalismo bárbaro solo soñaría con eso: solidificar la competencia de los mercados mundiales en una especie de ley de la jungla planetaria, promover una reglamentación flexible al servicio únicamente de las multinacionales, intensificar la volatilidad de los capitales flotantes especulativos y acelerar los movimientos combinados de la descentralización de las producciones nacionales y de la automatización de las producciones interiores. Encontramos aquí los “factores estructurales” de la crisis de empleo en los países ricos y del estrechamiento de las economías de los países pobres<sup>5</sup>. Esta amalgama, como otras que trataré más adelante, vuelven hostil el proceso de “privatización” de las economías y de las políticas, de las sociedades y de los individuos, proceso, sin embargo, necesario y en absoluto suficiente para la regulación de la universalización como *democracia de-liberadora cosmopolítica*. También, estas amalgamas complican la comprensión de la identidad en funcionamiento de la *Unión Europea* como una comunidad moral y política de destino.

En resumen, habría que “desnacionalizar” a los individuos y a su paradigma mental de la autoridad y del monopolio del poder, para que dejen de ser “abstencionistas” de toda clase, que quieren la mantequilla, la plata de la mantequilla y la lechera; para que dejen de estar encerrados en su comodidad pequeñoburguesa, su futilidad cataléptica y su deterioro de sonámbulos; para que dejen de estar “políticamente asistidos”; para que se responsabilicen respecto a su comunidad contextualizada y acepten alentar, en todas partes donde viven y trabajan, una democracia participativa, comenzando por el respeto de la dignidad humana, el respeto del medio ambiente y de la vida en comunidad republicana, y no en tribu comunitarista. En síntesis, para que se encarguen, por fin, del futuro de la *Tierra Patria*<sup>6</sup>. A los individuos que ejercen las responsabilidades en *la Unión Europea*, les corresponde

---

<sup>4</sup> *Idem*, p. 85. FERRY cita a Joshua Cohen. Cf. BOHMAN, J. y REHG, W. (eds). Cambridge, MIT Press, 1997.

<sup>5</sup> *Idem*, p. 48 y ss.

<sup>6</sup> Cf. MORIN, Edgar (en colaboración con Anne-Brigitte Kern). *Tierra Patria*. Trad. M. Serrat. Ed. Káiros, Barcelona, S.A., 1993.

hacer vínculos entre el pasado y el futuro, tener la fuerza del alma necesaria para combatir el peligro más grande que amenaza a los europeos de la *Unión*: la lasitud<sup>7</sup> y el nihilismo<sup>8</sup>.

La tarea es, a la vez, fundamental, aleatoria e incierta; concierne, de hecho, a la humanidad entera. Hemos pasado satisfactoriamente del estado de larva al dominio operatorio del contenido (números irracionales), pasando por el estado símico; hemos pasado satisfactoriamente de un polvo de estrellas al dominio del átomo (nanotecnologías), pasando por una fuga de Bach y Auschwitz. Entonces, puede ser que después de un siglo XX marcado por el sello de la infamia y de la toma de conciencia europea, por haber sido para la humanidad como una “*era de hierro planetaria*”<sup>9</sup>, diremos que el siglo XXI debe ser el del *respeto de la dignidad humana desde el punto de vista cosmopolítico*, o no lo será.

Después de tantas espantosas tinieblas y de extraordinarios renacimientos; después de tantos grandes y pequeños imperios desarticulados; después de haber sido, desde el siglo XV, el centro geopolítico del planeta, que había instalado colonias en las Américas, en África, en Asia y en Oceanía; después de tantas guerras despiadadas de todo tipo y de las revoluciones utópicas mortales; después de haber sido dueños indiscutibles de los tiempos modernos y de la llegada de las matemáticas industrializadas; después de la guerra fría, del equilibrio del terror nuclear y de la caída del Muro de Berlín, ahora estas comunidades de bárbaros que se educaron tarde intentan, de manera voluntaria, concertada y pacífica, dotarse de una comunidad política y moral basada en *el respeto de la dignidad humana*. Dicho de otro modo, la *dignidad humana* se inculcaría, incluso se encarnaría en el cuerpo de todas las acciones de los hombres y las mujeres que viven en el seno de los países miembros de la *Unión Europea*. No solo la pena de muerte está prohibida allí, sino que las mujeres y los hombres pueden ejercer libremente su libertad de pensamiento, de palabra, de opinión y de religión, así como su libertad de pertenecer a cualquier minoría. Las leyes y las ayudas financieras fomentan incluso esta libertad ciudadana. Lo que quiere decir, concretamente, que el funcionamiento del poder democrático y de la autoridad pública en la Unión Europea ya no está confiscado por el temor a alguna iglesia, monarquía o partido político a falta de divinidad o transcendencia. Por lo tanto, una conciencia moral europea está en curso. Por eso, teniendo en cuenta herencias culturales, religiosas y humanistas, el concepto de identidad aparece como una cosa demasiado seria para dejarla únicamente entre las manos de los grupos financieros que administran las

<sup>7</sup> “El riesgo más grande que amenaza a Europa es la lasitud”, escribe HUSSERL, Edmund. En *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*. Trad. de J. Muñoz y S. Mas, Ed. Crítica, Barcelona, 1991.

<sup>8</sup> El “nihilismo europeo” es, en Nietzsche, un rasgo fundamental de *La genealogía de la moral* y una de las piedras de toque de *La voluntad de poder*. Cf. HIEDEGGER, Martin. *Nietzsche II*. Trad. J.L. Verma. Ed. Destino, Barcelona, 2000, p. 383-525. Cf. NIETZSCHE, Frédéric. *Más allá del bien y el mal* (§ 208). Trad. A. Sánchez Pascual. Alianza Editorial, Madrid, 1995.

<sup>9</sup> “Era de hierro planetaria” como estadio de la hominización de la especie humana e “identidad humana” como estadio de la humanidad de la humanidad, son conceptos inventados dialogadamente por Edgar Morin. Estos permiten entender su propuesta clave para el hombre contemporáneo: participar con el cuerpo al 100% y con el espíritu al 100% realizándolo en “beneficio” de la humanidad, es decir, en persecución de “hominización como humanización”. Cf. *El método 5. La humanidad de la humanidad. La identidad humana*. Trad. A. Sánchez. Ed. Catedrá, Madrid, 2006. *Pour en sortir du XX siècle*. Ed. Nathan, París, 1981.

multinacionales, y de los policías que controlan a la gente en la periferia de *la Unión*.

Ebrios de futilidad postmoderna, obsesionados por la histeria de la bolsa, con el reloj como único punto de referencia, según el triste adagio: *Time is money*, dejaríamos de lado lo esencial si consideráramos la piedra angular del *Tratado constitucional para la Unión Europea* como un simulacro o una abstracción vacía. Debemos entender que esta piedra angular es la *dignidad humana* y no la economía liberal de mercado, que solo es uno de los objetivos de *la Unión*. Por otra parte, nos equivocaríamos si amalgamáramos las lógicas diferentes y, sin embargo, complementarias del fin, de los medios y los objetivos. Sobre todo, nos equivocaríamos si nos dejáramos seducir por la futilidad ambiente y el *zapping* conceptual que hace estragos en nuestros días, tomando a la ligera el sentido vital, el desafío ético para el comportamiento diario de todos y cada uno, y el compromiso con la justicia y la paz que significa esta piedra angular. *El respeto de la dignidad humana*, como base ética imprescriptible, regularía, por así decir, el monopolio del poder, de la autoridad y la soberanía en la *Unión Europea*; está en el punto nodal en el que quisimos, antiguamente situar las figuras de Dios, del Emperador, del Rey y del Sacerdote. En efecto, aún hay algunas reinas y princesas en Europa, pero ¿qué quieren ustedes? Aún es necesario enriquecer la imaginación de un pueblo niño que sueña, a veces, con príncipes azules. También es cierto que las Altas Administraciones, dignas herederas de los valores revolucionarios y republicanos, envejecen obsesionadas por la ambición fútil de ser como una “nobleza de Estado” (la imagen es de Pierre Bourdieu). Es conveniente darse cuenta de que el mérito institucionalizado prematuramente se vuelve corporativo y, reconocido demasiado tarde, se convierte en una injusticia social que fractura la vida republicana de las instituciones.

Las nuevas instituciones europeas son herederas de todo eso y de mucho más. Pero el preámbulo o profesión de fe del *Tratado constitucional* recuerda, de manera radical, que la administración del poder y la autoridad, en representación de los ciudadanos de la *Unión*, están al servicio de las herencias culturales, religiosas y humanistas de Europa, a partir de las cuales se han desarrollado los valores universales que constituyen los derechos inviolables e inalienables de la persona humana, así como la libertad, la democracia, la igualdad y el Estado de derecho. Dicho de otro modo, el poder político de la *Unión* está al servicio del cumplimiento de las libertades fundamentales de las mujeres y los hombres, en su singularidad e individualidad. Eso quiere decir, concretamente, que la libertad de vivir y de amar, de pensar y de creer, de hablar y de escribir, de emprender, con el respeto de unos y otros, el justo bienestar y el interés solidario, son cosas auténticas en los países de la *Unión Europea*. Casi no podemos decir la misma cosa sobre la mayoría de los pueblos en las otras regiones del planeta.

### Duda o ficción de identidad, un problema de lengua

Hablando con propiedad, Europa nunca ha tenido que dudar de su identidad. Y podría ser, pensándolo bien, que la “duda europea” sobre la cuestión de la identidad sea, en realidad, uno de los pliegues mismos de lo que Chantal Delsol llama, para describir el carácter europeo, *la irreverencia*<sup>10</sup>. Una cuestión, en el fondo, de ningún modo perjudicial y más bien saludable. Eso significaría un pliegue de pensamiento insumiso, de indignación, de duda, de autocritica (pensemos en Montaigne), de curiosidad, de risa

<sup>10</sup> DELSOL, Chantal. *L'irrévérence*. Ed. La Table Ronde, París, 2002 (1ª edición 1993).

irónica sobre el poder de sí y el poder de los demás (pensemos en Voltaire, Nietzsche, Foucault), de libertad, de alejamiento de dios, del mundo cerrado en el universo infinito (pensemos en Galileo, Einstein, Heisenberg), de la naturaleza, de la sociedad, del individuo. En suma, la irreverencia sería la expresión de la alteridad vivida. Esto es tan cierto que Europa siempre ha tenido la identidad como procesamiento de herencias o como saqueo de las demás; siempre ha sabido hacer del otro una especie de espejo deformado e indeciso de la valoración de su propia identidad; conoce bien la alteridad, la diversidad cultural y lingüística en ella; dos guerras mundiales han contribuido a este aprendizaje. También, está en vía de aprender la alteridad en los demás y en el mundo. Aquí pienso en el célebre cuadro llamado *Los embajadores*, que pertenece al siglo XVI y que se encuentra en la *National Gallery* de Londres, donde Hans Holbein el Joven pone en perspectiva negociaciones diplomáticas que son, obligatoriamente, una relación de fuerza entre puntos de vista diferentes e identidades complementarias. Los dos personajes están separados por un laúd con la cuerda rota, símbolo de la armonía por restaurar o de las nuevas notas por buscar, lo que sugiere la cuerda rota. También hay, apoyado ligeramente sobre el suelo y entre los *Embajadores*, un pedazo de espejo ovalado que nos muestra la distorsión de la realidad de la que sufren, quizás, nuestros cerebros limitados. También es un recuerdo de nuestra discontinuidad, de nuestra finitud, y de la necesidad de tener, en la alteridad y la diversidad, la continuidad y la perennidad de las identidades en juego entre *Embajadores*. Sería conveniente, en la iconografía de este óleo sobre tabla de roble, hacer la distinción entre una *diplomacia de la negociación* y una *diplomacia de la deliberación*. Eso nos permitiría entender, tal vez, la diferencia entre la ONU y la *Unión Europea*, entre la política de la confrontación estratégica, por una parte, y la política de la deliberación democrática, por la otra; en resumen, entre la expresión de las voluntades nacionalistas y la formación de consensos transnacionales.

La construcción voluntarista, concertada y pacífica de un espacio político arraigado en valores universales obliga a Europa a preguntarse sobre una nueva identidad, es decir, sobre la identidad de la entidad histórica en gestación que llamamos *Unión Europea*. Es bien sabido que los pueblos jóvenes y bárbaros están ávidos de memoria, mastican el futuro con los grandes dientes de un sí radicalmente afirmativo y voluntario. En cambio, parece paradójico que los pueblos civilizados se vuelven aburridos, decadentes; incapaces de llevar la extraordinaria riqueza de sus herencias, olvidan su barbarie que permanece, sin embargo, a flor de piel; se vuelven orgullosos, desatentos y fútiles.

Por falta natural de raíces, Europa nunca había tenido que dudar de su propia identidad; esto es tan cierto que siempre ha sabido buscar en otro lugar de qué cultivarse, alimentarse y enriquecerse. Lo ha hecho como negociante hábil o como colonizador empedernido. Sin hablar de museos, los edificios y los lugares de las grandes ciudades europeas exponen con dignidad señales y símbolos de las culturas extranjeras que se han vuelto familiares. Sin hablar del *Libro*, de la *Rueda*, del *Papel*, de la *Brújula*, y otras cosas que paso por alto, pero hablando, de todos modos, de la penicilina, que salvó el otro día a mi niño de una septicemia fatal, y de la energía nuclear, que me calienta esta noche de invierno, lo propio de la "cultura" en Europa siempre ha sido la familiarización de lo extranjero. Cultivarse en Europa siempre ha sido una "actividad de

*apropiación*”, como lo enseña Rémi Brague en su ensayo magistral *Europa, la vía romana*<sup>11</sup>; aunque le falte a este romanismo una latinidad abierta al futuro y no únicamente arraigada a su pasado. Encontramos cierta nobleza en la tendencia del espíritu a cultivarse, de manera natural, con otra cosa diferente de sí mismo. Para Rémi Brague, “*la actitud fundamental que ha hecho posible la historia cultural europea*” es la del emperador Carlomagno en el año 800 de la Cruz, que combatía el insomnio aprendiendo a leer y a escribir, y que volvía a dorar sus blasones con las *imágenes provenientes de otra parte*, es decir, de Bizancio. Así, él era el paradigma cultural de una Europa en gestación, que siempre ha sabido que el reconocimiento de la identidad viene de un esfuerzo consciente para domesticar en sí lo extranjero.

---

<sup>11</sup> BRAGUE, Rémi. *Europa, la vía romana*. Trad. J.M. Palacios. Ed. Gredos, Madrid, 1995.

Las artes siempre son convenientes para comprender de manera adecuada la cuestión identitaria; y antes que nada, es la poesía quien conserva la impermanencia de las palabras para el espíritu. Me gustaría citar un verso del gran poeta francés Arthur Rimbaud, que inspirado en el futuro, a finales del siglo 19, en el centro de la macabra gestación de los nacionalismos guerreros de la época, escribió en la apertura de *Una temporada en el infierno*, el poema *Mala Sangre*, citado a continuación:

"De mis antepasados galos, tengo los ojos azul pálido, el cerebro pobre y la torpeza en la lucha. Me parece que mi vestimenta es tan bárbara como la de ellos. Pero yo no me unto de grasa la cabellera. "

Por supuesto, que les voy a dejar todo el placer y ocio para interpretar estos versos. Especialmente, la caída, donde Rimbaud marca con un gesto simple, su voluntad y libertad para enfrentar de otro modo el paradigma cultural de los antepasados.

Sin embargo, la cuestión sobre la "identidad" siempre permanece. Es un concepto dogmáticamente presupuesto por los debates sobre el monoculturalismo o multiculturalismo, sobre la nacionalidad, la ciudadanía o pertenencia en general, que va más allá de la propia persona. Pone en juego una relación compleja entre lo que somos y lo que queremos ser, al mismo tiempo, la representación que tenemos de lo que somos y el reconocimiento o representación del otro, así como nuestra personalidad y nuestras diferentes tarjetas: la de identidad, seguridad social, visa-clásica o premier, electoral, del club, etc. La identidad individual o colectiva; la apuesta política, económica o psicológica; las alteraciones del orden público o trastornos de identidad. ¿Cuál es el objetivo capital? Es una cuestión de anamnesis. El acercamiento por medio de la memoria o de la otra lengua en nosotros, la lengua de alteridad que siempre es una *lengua desconocida* en primer sentido. En otras palabras, la *Unión Europea* debe continuar con su *Tratado* y sus nuevas instituciones para escribir su gramática histórica de la diversidad lingüística y cultural, con el fin de tener una escritura que le sirva de anamnesis y preserve del olvido los valores fundamentales, que le dan una razón de ser, es decir, una identidad. De hecho, la identidad no es más que las razones de ser y de perseverar en su ser, siempre que estas razones sean fuente de inspiración, que no sean ni muy ambiguas, ni muy ridículas, que sean los vínculos, es decir, *tristemente alegres*. Si estas razones tienen como criterio el respeto por la dignidad humana, será más que suficiente para nuestro trabajo y nuestros días.

En un libro cifrado y emocionante, *El monolingüismo del otro*<sup>12</sup>, que conviene *deconstruir*<sup>13</sup> con su propia vivencia lingüística, Jacques Derrida se interroga sobre el estatus de pertenencia a una lengua, un territorio, una nación, un pueblo, una identidad. Al Jugar con la figura estilística de una conversación imaginaria, de un



debate político y metafísico en francés; a propósito del francés, Derrida entrelaza otros temas, entre ellos el fantasma de la "lengua materna" y el delirio de identidad que la acecha. Dice, que el origen de "sus sufrimientos", es que sólo tiene una lengua y que no es la suya. Avanza para explicarse una relación de antagonismo entre dos propuestas inscritas como leyes: 1. *Nunca se habla más que una sola lengua* 2. *Nunca se habla una sola lengua*.

---

12. Derrida, Jacques. *El monolingüismo del otro*. Ed. Galilea, París, 1996.

13. " *Si tuviera que arriesgar una sola definición de la deconstrucción, una definición tan breve, elíptica y económica como una contraseña, diría simplemente y sin exageración: plus d'une langue...* " Derrida, en *Memorias para Paul de Man*. Ed. Galilea, París, 1988.

La prueba se puede encontrar en la *división* de la obra entre la lengua materna y la lengua extranjera. Sin duda, esto es conflictivo; la obscuridad de las vanidades; la luz de la reconciliación con sus propias contradicciones; el descubrimiento de sus propios demonios; el diálogo con sus propios testigos. Para vivir la experiencia de la lengua materna como ficción identitaria, se debe recordar la ruptura del cordón umbilical que es el final de la fusión para poder nacer. Al Vivir, hablar, sentir, pensar, se está expuesto a la *di-visión*, al diálogo, recordando la unicidad. Esta división, este diálogo es de doble perspectiva: por un lado, el agente, por otro lado, el paciente; por lo tanto, no hay ningún observador absoluto o maestro de lengua o en la lengua. En tu francés, oigo la sonoridad hispana, me dijo un amigo francés, y en el tuyo, oigo la sonoridad múltiple de un latín que mezcla los dialectos esclavizados; estamos a mano. La esencia de una lengua no soporta más un frente nacional ni un monopolio de corazón, porque está en movimiento, vive. No hay certezas, no hay ningún principio de identidad o autoridad; como dice Deleuze,<sup>14</sup> la cuestión no es gramatical, sino "agramatical", "asintáctica", "o que comunica con su propia exterioridad", tanto del principio de incertidumbre, como por la física cuántica. Para entender mejor esto, podemos seguir a Derrida quien afirma que en toda lengua los "efectos del metalenguaje" como los "relevos del metalenguaje" se introducen actualmente de la traducción, de la objetivación en curso. Quien sabe escuchar los efectos del metalenguaje toma el poder tanto liberador como alienante que permanece en cada lengua. Se podría decir, de una manera aproximada, que el metalenguaje es a la lengua lo que la parábola es al espíritu. Estos efectos "dejan temblar en el horizonte, visible y milagroso, espectral pero infinitamente deseable, el espejismo de otra lengua"; y esta otra lengua, la "lengua del otro". Hay comunicación, no hay diálogo sin la conciencia de lo extranjero en la lengua misma.

Derrida plantea la cuestión de *no tener una lengua propia, sólo la lengua del anfitrión*, así como para quien este errante, aquí abajo, en busca de exergo sobre su tumba y en busca de herencia inmaterial para sus hijos. Podemos moldearnos cuerpo y alma a la lengua del anfitrión y amarla hasta la concepción, pero la consciencia de no tener una "*lengua propia*" incluye lo sagrado, la oración, la poesía, y yo no voy a tocarlo. Emma *bella*, quien tiene diez años, se aburre en la misa del domingo. ¿Por qué entonces la obligo a acompañarme? Para que aprenda a orar, a relacionar de manera compleja sus poderes psíquicos, a escuchar en su propio silencio más de una lengua, más de una voz sin miedo y en alegría, para que ella sienta que nadie tiene el monopolio de la lengua para orar o de la lengua sagrada, nisiquiera para los dogmas, la moral, los anatemas; eso vendrá con el tiempo. Por el momento, solo tengo para legarle como herencia identitaria tres cosas: cultivar la relación compleja de sus poderes psíquicos, tener el coraje de servirse de su propio entendimiento y no dañar las camelias del jardín de su madre con el balón de fútbol. Escuchar la lengua de un inmigrante universal significa no alarmarse, alienado por alguna pertenencia etnolingüística, para conservar la posibilidad de escuchar el espíritu en la pluralidad de las lenguas. Derrida se refiere a la experiencia del divagar lingüístico del pueblo judío, según la lectura sugerida por Franz Rosenzweig, "*En tanto que todos los otros pueblos, por consiguiente, se identifican con su lengua propia y ésta se deseca en sus labios el día en que dejan de ser pueblo, el pueblo judío ya no se identifica nunca enteramente con la lengua que habla*"<sup>15</sup>.

---

14. Deleuze, Gilles. *Crítica y Clínica*. Ed. de Minuit. París, 1993, p. 9 y sig.

La lección que he aprendido aquí es doble. En primer lugar, la dimensión poderosa y efímera de toda pertenencia: incluso las grandes civilizaciones y los grandes imperios son mortales. Luego, que la verdadera "Tierra" siempre es "Santa" siempre y cuando allí se cultive el espíritu; así como, la verdadera "lengua" siempre es "sagrada" solo cuando uno no se arraigue a ella (abrirse a las lenguas), uno no la monopolice, ni la politice. Por eso, Rosenzweig puede decir que "*su vida lingüística siempre se percibe en tierra extranjera y su patria lingüística personal siempre se conoce en otra parte*." La esencia del lenguaje es una cosa misteriosa. No es suficiente antropologizar o naturalizar. Todavía hay un eslabón perdido en la lógica constitutiva del simple principio de causalidad e identidad. Cada uno al hablar, tiene una *voz espectral*, una *voz inmemorial*, que cada uno debe buscar para poder entender. Hay poesía aquí, por supuesto que estoy de acuerdo. Dejémosle

pues la palabra al poeta, en el bosquejo de un poema inacabado citado por Heidegger<sup>16</sup>, en el que Hölderlin escribió: *"Mucho ha experimentado el hombre. / Mucho ha nombrado a los celestes, / Desde que somos un diálogo/ y podemos oírnos los unos a los otros. "En cuanto a nuestra "identidad lingüística", retomamos la lección que Heidegger desarrolla de este poema: "Nosotros- los humanos-somos un diálogo. El ser humano tiene su fundamento en el lenguaje, pero toma una realidad histórica auténtica solo en el diálogo. Sin embargo, el diálogo no es la única forma en la que el lenguaje se cumple, pero es únicamente como diálogo que el lenguaje es esencial"*, En otro texto, Heidegger afirma:

*"El hombre sólo es, por tanto, el que dice sí y no, porque en el fondo de su esencia es un dicente: es el dicente. Esto constituye un signo y, al mismo tiempo, su miseria. Ese carácter lo diferencia de la piedra, la planta, el animal, pero también de los dioses. Aunque tuviésemos mil ojos y mil oídos, mil manos y muchos otros sentidos y órganos, si nuestra esencia no consistiese en el poder del lenguaje, todo ente permanecería cerrado para nosotros, tanto el que somos nosotros mismos como el que no somos"*<sup>17</sup>.

Como metafísico, Heidegger es uno de los más grandes filósofos del siglo 20. Como político, jugó al aprendiz de brujo con lo esencial, con motivo de su nombramiento a la rectoría de la Universidad de Friburgo. Es cierto, que lo intelectual del contemporáneo a veces sufre el estrépito político de la actualidad que lo desvía. Preocupado por levantar el debate de la época sobre la identidad del nuevo "pueblo elegido" a los ojos del Nacionalsocialismo, estuvo comprometido, por desgracia, con el horror de la gestación del nazismo. El pensador que restauró para la humanidad la cuestión fundamental del Ser, también se sumergió en una tentativa delirante por fundar ontológicamente *"las posibilidades fundamentales de la raza original alemana"* durante sus cursos de invierno 1933-1934 sobre la *"esencia de la verdad"*<sup>18</sup>. Heidegger hacía una mezcla increíble entre la filosofía de Heráclito, el *"poder original de la existencia histórica occidental y germánica"* del "Pueblo alemán" o de la "Raza Aria", que llamó a combatir contra lo "Asiático" o lo "Judío", *"con vistas al exterminio total"*. Sería por ingenuidad, "gran tontería", o por ceguera radical en busca de la "nacionalización" de la misión de la universidad, en búsqueda de un tipo de universalidad nacionalizada o un universal nacionalista, escribió en 1933: *"Veía en esta época del movimiento que consiguió el poder una oportunidad de convocar y renovar al pueblo desde el interior, un camino para encontrar su determinación histórica y occidental"*<sup>19</sup>.

---

15. En *La Estrella de la Redención*. Citado por Derrida en *El monolingüismo del otro* p. 62 y sig.

16. Heidegger, Martin. *Enfoque por Hölderlin*. Ed. Gallimard, París, 1973, p. 48-49

17. En *Introducción a la metafísica*. Ed. Gallimard, París, 1967, p. 91.

18. Heidegger, Martin. *Cours du semestre d'hiver 1933-1934*. Trad. Faye M., ed. Klostermann, Volumen 36-37, 2001, p. 90 y sig.

El mismo que más tarde aprendió a dominar las figuras de los *camino que no llevan a ninguna parte*, más bien, tendría que desconfiar de eso. ¡No es posible que tratemos a la ligera a Heidegger de nazi! Estoy de acuerdo con Maurice Blanchot, cuando afirma que este gran filósofo alemán fracasó "*al ser en determinados momentos un simple intelectual*". O cuando escribió: "*Aquí está, para mí esto es la mayor responsabilidad: he tenido perversión en la escritura, abuso, falsificación y mal uso del lenguaje. De ahora en adelante, pesará una sospecha sobre este*".<sup>20</sup>

Exiliada a la fuerza a Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial, por ser judía, Hannah Arendt, trae a Derrida en *El monolingüismo del otro*, a propósito de la lengua materna, de la lengua alemana y del nazismo, siempre decía: "*¿Qué hacer? ¡Pese a todo no es la lengua alemana la que se volvió loca! Y en segundo lugar: nada puede sustituir a la lengua materna*".<sup>21</sup> Que una lengua pueda perder la cabeza es algo sin sentido y posible a la vez.

Derrida deconstruye con maravilla la respuesta a la pregunta de Arendt, destacando, por desgracia, "*que es posible tener una madre loca, una madre "única" y loca, loca por ser, en la lógica del fantasma, única*"; una especie de "madre patria" loca, como durante la Primera Guerra Mundial. De hecho, hay un viejo fantasma que carga con el psicoanálisis y que encontramos implícito en las amalgamas del Frente nacionalista y en la soberanía, relativas a la nación como fundamento natural o sanguinario de la democracia: la de un "vínculo natural" con la madre o la "madre nación". Un tipo de conocimiento inmanente del origen para cada individuo, como la fertilización in vitro y el misterio de la Anunciación, que ponen en un estado deplorable. Al recordar acerca de la imaginación extraña del pensamiento de Voltaire sobre Malebranche: "*La imaginación es la loca de la casa*", Derrida crea un vínculo entre la lengua materna, la imaginación, la madre, la locura, la unicidad absoluta y la reemplazabilidad absoluta; y, en este caso, hay que saber mantener la razón. Es más fácil decirlo que hacerlo solo, como cuando uno debe arreglárselas solo en la vida, sobrevivir solo de cursos por correo, en resumen, aprender a pensar por sí mismo, encontrar sus propios rumbos, su propia unidad en la diversidad. Porque "*La madre puede convertirse en la loca de la casa, la delirante de la morada, de ese lugar de sustitución donde mora el propio hogar, el alojamiento o el lugar, la localidad o la locación de la casa propia. Puede suceder que una madre se vuelva loca, y ese puede ser, ciertamente, un momento de terror. Cuando una madre pierde la razón y el sentido común, la experiencia es tan pavorosa como cuando el rey se vuelve loco. En los dos*

casos, lo que enloquece es algo así como la ley o el origen del sentido (el padre, el rey, la reina, la madre). (...). Ya seamos hijos o hijas, y cada vez de modo diferente según seamos una u otra cosa, siempre estamos locos por una madre que siempre está loca por aquello de lo que es, sin poder serlo nunca de manera única, la madre, precisamente en el lugar, y en la morada, de la casa propia única". Sin embargo, percibo una esperanza en el misterio de la virginidad de María, que consiste en ser indemne o en poder ser indemne de la locura de lo único. El Hijo de Dios no sufriría esta alienación porque sería testimonio de un nacimiento liberador: el nacimiento del espíritu, el nacimiento de la Anamnesis.

---

19. El tristemente famoso "Discurso del Rector" (Universidad de Friburgo, 1933) provocó una controversia muy dura con la cuestión de saber si en presupuestos metafísicos de la filosofía de Heidegger encontramos una justificación trascendental del Nazismo. Véase LABARTHE Lacoue-Philippe. *La ficción del político*. Ed. Bourgois, París, 1987. Véase también Faye, Emmanuel. *Heidegger, La introducción del nazismo en la filosofía, autor de seminarios inéditos en torno a 1933-1935*. Ed. Albin Michel, Paris, 2005.

20. Blanchot, Maurice. *Los intelectuales en cuestión*. Ed. Fárrago Tours, 2000, p. 10 y 11. 21 Óp. cit. 100 y sig.

Curiosamente incluido en el *Génesis* entre el *Índice* de los pueblos nacidos de los sobrevivientes del Diluvio y la genealogía de Abraham, el famoso episodio de la *Torre de Babel* aparece como la lección aplicada a la locura de la humanidad parlante de "un solo lenguaje", que usa las "mismas palabras". Se trataba de tener una Torre única en la que "la cima llegara a los cielos", con el fin de afirmar un "solo nombre" y un "solo poder". La Biblia nos dice que esta loca empresa nunca vio el día, porque fue interrumpida por Yahvé, que simplemente mezcló el lenguaje de los hombres. Esta mezcla introdujo la confusión y disputa de la capital del imperio babilónico que dominó el Oriente y que se convirtió, para enseñanza de la humanidad, en la metrópoli de la confusión y una de las figuras de la locura del lenguaje. El misterio del *Pentecostés* proporciona aquí un contrapunto, debido a que es evidente que hay que entender, que es a través de los embrollos de las lenguas que los hombres logran entenderse, porque una "lengua de fuego", un "lengua de espíritu" también habita cada una de las lenguas.

Derrida menciona un último testimonio, el de Levinas. Para Levinas, su lengua de adopción o elección, lengua de recepción, lengua del anfitrión, su lengua

aprendida, su lengua cotidiana se hace aquí como una experiencia ética, la de elección individual, el francés. Levinas escribió, enseñó y vivió todos los días en lengua francesa, mientras que mantenía, como sus otras lenguas familiares el ruso, el lituano, el alemán y el hebreo, sin hablar del griego y el latín. "Me parece que en él hay pocas referencias solemnes a una lengua materna, precisa Derrida, no se tiene ninguna seguridad acerca de ello". Según Derrida, Levinas pensaba que "la esencia del lenguaje es amistad y hospitalidad". Lo uno como lo otro se viven diariamente, como un buen hábito. Se prueban como una familiaridad adquirida y compartida. Aquí, la lengua no es "maternalizada," no es "nacionalizada", no es un delirio identitario, un arraigamiento nacionalista sagrado. Es una invitación a distinguir siempre, a retomar en el discurso entre lo Sagrado de la carta que se idolatra y la *Santidad* del espíritu que se reflexiona.

### Duda identitaria, un problema de nacionalismo o soberanía nacional

*"Pocos son los soberanos que aprenden la sabiduría en la soberanía".*

Edgar

Morin<sup>22</sup>

Me parece que la "duda identitaria" en Europa se vuelve perceptible en las noticias televisadas y en la opinión pública con motivo de la caída del Muro de Berlín, el fin de la historia desde la perspectiva totalitaria y de la toma de consciencia crítica de la maldad inconmensurable alcanzada por Auschwitz, con la colaboración falsa de un país seguro de ser el más civilizado y más "musical" de Europa. Y, sin embargo, el himno de la *Unión Europea*, en justo reconocimiento a esta herencia cultural, se extrae de la *Novena Sinfonía* de Beethoven, que musicaliza la *Oda a la alegría* escrita en 1785 por el poeta alemán Schiller. Además, cabe señalar que desde la caída del Imperio Romano de Occidente y de la reparación de Constantinopla en Nueva Roma, hasta la ruptura de Berlín en un

---

22. Véase Morin, Edgar. *La identidad humana - El método 5. La humanidad de la humanidad*. Ed. de Seuil, Paris, 2001.

paradigma disyuntivo por el Ejército soviético y los Ejércitos de los Aliados americanos, ingleses y franceses, los pueblos de la franja noroccidental de Europa no tuvieron que preguntarse sobre la cuestión de su identidad. Esta les llegaba por *secundariedad cultural*, como lo muestra Brague, y se utilizaron por subsidiariedad con una increíble recreación de lo nuevo con lo antiguo.

En este punto, pienso en la entrevista realizada por Jacques Le Goff, considerado uno de los más grandes medievalistas aún vivos, concedida al diario francés *Le Monde* (22 de marzo de 2005), a propósito del referéndum sobre el *Tratado Constitucional*. Dice estar de acuerdo, con la ratificación de su país por este *Tratado*, pero en contra de la integración de Turquía de manera completa en la *Unión europea*. La razón de esta oposición radical no parece ser económica, social, jurídica, política o religiosa; sino, que se relacionaría con la cesura histórica que constituye en sí, a la Europa de la época medieval. Para Le Goff, quien considera que: "*No hemos salido aun de la oposición geográfica de los griegos: Occidente y Oriente*", es decir, que nuestras mentalidades son aún las de la Edad Media, de la Europa medieval, imperial y católica. Turquía, heredera del Imperio Otomano y del mundo bizantino, siempre sería como el "Islam europeizador" (la imagen es de Morin<sup>23</sup> para pensar, justamente una cierta idea de Europa, de la Europa medieval). Al rechazar a la Turquía moderna para que hiciera parte de la nueva entidad política que abre el siglo XXI en Europa, Le Goff haría creer que la única fuente de identidad en esta región del mundo tendría como sustrato, la caída de Constantinopla. Europa sería históricamente tan poca cosa sí, heredera del Imperio Occidental reconstituido, se hubiera forjado solamente, en una identidad por defecto, en una lucha a muerte contra el Imperio Otomano. Esta visión del pasado no se abre nulamente hacia el futuro. Ahora bien, la identidad en gestación de la *Unión europea* apuesta sobre una voluntad positiva y abierta que funda una comunidad de valores antiguos, modernos y contemporáneos claramente enunciados en el *Tratado constitucional*:

*"La Unión se fundamenta en los valores del respeto de la dignidad humana, la libertad, democracia, igualdad, del Estado de derecho, así como el respeto por los derechos del hombre, incluidos en los derechos de las personas que pertenecen a las minorías. Estos valores son comunes en los Estados miembros de una sociedad que se caracteriza por el pluralismo, la no discriminación, la tolerancia, la justicia, la solidaridad y la igualdad entre los hombres y las mujeres".<sup>24</sup>*

El respeto de sus valores condiciona de manera absolutamente necesaria la adhesión y la pertenencia de un país a la *Unión europea*. Tanto las cuestiones económicas, sociales y jurídicas que sostienen las "nivelaciones", como los valores fundamentales son para tomar o dejar como tal, de manera cualitativa. Debido a que no son "negociables", lo que digamos y escribamos, nunca va a ser suficiente.

De hecho, el fin del mundo bizantino y la caída de Constantinopla inauguraron el comienzo de una cierta idea de Europa: la de la transferencia continua del poder

comprendido de manera imperial. En otras palabras, la reestructuración del Imperio romano de occidente en el Imperio romano germánico, español, inglés, francés, soviético, nacional-socialista. Por otro lado, me imagino que también debe haber tenido una mejor razón para alegrarse de la suerte histórica reservada a Constantinopla en la noche fatal del 28 al 29 de mayo de 1453 y en el final del mundo bizantino desde el punto de vista económico, social y político.

---

23. En *Pensar Europa*. Paris, 1987, p. 44 y sig.

24. En *Tratado constitucional europeo* (firmado en Roma el 29 de octubre de 2004). Parte I, artículo 1.2.

Esto no quiere decir que desde el punto de vista cultural, Bizancio no tenga su importancia para el patrimonio mundial de la humanidad. Veo esta razón clave, en el hecho de que el Imperio romano de Oriente fuera la alianza sobre la tierra de despotismo y de la cristiandad politizada. Desde el año 330, la transformación en "Nueva Roma", de una pequeña colonia griega del Imperio romano, hasta su fin en el año 1453, una clase de romanidad al estilo griego y una clase de cristianismo al estilo romano han unido el poder temporal y el poder espiritual al servicio del oro y del púrpura de una élite episcopal e imperial. "*Sean que no hay belleza alguna, grandeza, actividad o poder que pueda engendrar el buen emperador, a menos que, no lleve en su alma la representación de su semejanza a la divinidad*". Porque Dios "*está impreso el mismo en los intelectos como arquetipo, dando de esta manera, la imagen de su providencia y quiso que las cosas de aquí abajo fuesen organizadas como imitación de la realidad sobrenatural*". De esta forma, en el siglo V en Constantinopla dos hombres bastante diferentes hablan: el orador Thémistios, aunque era pagano y el obispo Synésios de Cirene. "*Si bien es cierto que lo Bizancio se mezcla íntimamente, desde los orígenes, a la tradición romana y a la concepción cristiana de poder imperial*".<sup>25</sup> Puede que sea necesario hacer justicia a los millares de monjes y anacoretas que siempre han denunciado y arriesgado su propia vida, esta alianza contra la naturaleza. Sea acusando a los Latinos de traición hacia la verdadera fe, la ortodoxa, por supuesto, sea desestabilizando el poder central de los obispos, difundiendo en los pueblos y campos el retrato del obispo iconoclasta lleno de oro y comida, que va a examinar detenidamente sus cosechas, que después se apresura a entrar a Constantinopla a hacer política. En el Concilio de Florencia (1439), el pequeño reino griego con su pasado imperial, agotado por las disputas internas, bizantinas, saqueado por las Cruzadas, aunque hermanos en Dios, volvió oficialmente al regazo de la Iglesia católica romana; pero no por mucho tiempo; sus días están contados. Venecia no salvará a Bizancio. Por otra parte, Saint Marc ya tomó los mosaicos y otras riquezas que tenían que tomar de Santa Sofía. La catedral de Justiniano, la basílica cristiana



en Oriente más suntuosa, a partir de ahora puede transformarse en Mezquita, puesto que para el Imperio católico de Occidente es solo el recuerdo de un cisma. La unidad del poder romano se encuentra de nuevo en Roma. Aunque la Realeza francesa, a veces lo discute y París no tardará en aliarse con Estambul para cubrir su necesidad en cuanto a lo comercial y geopolítico. Génova no le dará ayuda a Constantinopla, puesto que históricamente ya está en otro lugar. Un "nuevo mundo" en busca de otros mercados, más abiertos en el mundo, está en proceso de surgir con los españoles y portugueses. Constantinopla también puede caer. El Cuerno de Oro ya no tiene oro.

El hecho religioso y la omnipresencia de lo ortodoxo han disimulado y fracturado la mentalidad teocrática del Imperio romano de Oriente. Bizancio se consideraba seriamente, la transcripción del plan divino, la conciliación para la felicidad de los individuos, del Cielo y la Tierra, y la justificación ontológica y jurídica del poder del Emperador-Patriarca. La ruptura mental bizantina va a persistir hasta la Europa moderna. La Revolución francesa romperá para siempre la alianza entre el poder temporal y el poder espiritual. Después, los descubrimientos científicos les demostraron a los hombres que las cosas de aquí abajo se organizan en forma de sistemas cerrados, abiertos y complejos, y las cosas supraterrrestres en forma de universos infinitos. Si fuera necesario recordar algo importante de la memoria bizantina en Europa, que pueda servir para la identidad política en rodaje de la *Unión Europea*, la veo en la imposibilidad para todo gobierno actual y futuro de esta región del mundo de caer en la ilusión de una República teocrática.

---

25. DUCCELLIER, Alain. *Les Byzantins. Histoire et culture*. Ed. De Seuil, Paris, 1988, p. 84 y Sig.

"A César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios".

Después de la caída del Muro de Berlín y la reunificación alemana, en Europa se desvanece la siniestra línea del terror nuclear que dividía al mundo entre Moscú y Washington. Los países miembros de la *Comunidad Económica Europea* se disponen entonces a participar, a su manera, en la creación de un nuevo orden mundial. Acentúan desde su séquito un nuevo proceso de tejido de su unidad territorial y monetaria, jurídica y política.

Pero, ¿qué ocurre mientras tanto? Tras el fin de la Guerra Fría, que es también el fin del *delirium imperium* soviético y el destape de la ilusión comunista que quería imponer una "Unión" por medio del terror del campo de trabajo a las personas en la diversidad etnológica, cultural y lingüística, la duda identitaria emerge así como una peste negra en el resto del mundo. Se podría decir que el primer personaje con memoria siniestra, que quiso aportar un "antídoto" para su país, incluso, su región, fue el dictador iraquí Saddam Hussein. Quiso sacar sin razón, una conclusión precipitada sobre la consecuencia geopolítica para dar al nuevo paradigma y al nuevo orden mundial que se iba a construir. Después de diez años de guerra con Irán, cierta clase de equilibrio del terror entre ciudadanos en detrimento real de las minorías masacradas en los pueblos y campos, Saddam Hussein creyó que era bueno imitar el *delirium imperium* que, sin embargo, llegaba a su fin en Europa. Como estratega caprichoso y utópico, creyó poder adueñarse de nuevos territorios y sobre todo, oro negro, los años de una guerra atroz al servicio de los poderes extranjeros. Fue el títere de los poderes aliados contra la Revolución Islámica, jugando una clase de "cruzada laica" por poderes, como se aliaban antiguamente, las realezas y papados en Europa contra la Revolución francesa. En igualdad de condiciones, debido a la diferencia radical entre estas dos Revoluciones, cuyos regímenes del terror devoraron sus niños; es que la Revolución francesa tomó el liderazgo del poder legislativo, donde se encontraban desde los siglos amalgamados en desorden, Dioses, Reyes y Sacerdotes, los "Derechos del Hombre y del Ciudadano" que encontraba de esta manera la República y la Democracia modernizadas. Mientras que, la Revolución Islámica busca instaurar allí después de una pena de veinte años una Teocracia; en otras palabras, una justificación divina de poder absoluto de los Ayatolas. ¿Porqué la Europa identitaria de la Revolución francesa está en condiciones de dar la lección sobre las cuestiones relativas al monopolio del poder político? Porque tiene como herencia los matices que distinguen claramente el poder espiritual y el poder temporal, porque conoce en su carne herida que el poder corrompe a los hombres y que el poder absoluto, los corrompe de manera absoluta, porque por medio de la gestión del político, finalmente aprendió la sabiduría del precepto dos veces milenario: "A César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios".

Sadamm Hussein, desconociendo el poder mental de la herencia europea y americana de los valores tales como la libertad, la democracia y el Estado de derecho, así como la salvaguardia de la soberanía de un Estado-nación, miembro de la ONU, (escribo aquello sin ironía), se lanzó en cuerpo y alma en una loca aventura que provocó la Primera gran guerra del Golfo. Particularmente, el dictador iraquí se equivocó, ¿lo incitamos a eso?, en la indolencia del poder americano de la época, así como en la "decadencia en Occidente" y en la "política Occidental" capaz de conducir acciones contradictorias y complementarias, que tiene dos pesos y dos medidas, y que alía pragmatismo y estrategia, también puede amalgamar finalmente, medios y objetivos. La historia está demasiado cerca de

nosotros para sacar todas las conclusiones, aunque es cierto, que allí hay ciertos hechos que se deben codificar.

Bush padre detuvo la guerra, obligado por sus Aliados que rechazaban el impulso de sus soldados a Bagdad, puesto que la orden era solo restaurar la soberanía de un miembro de la ONU. Saddam Hussein, encerrado en los muros de su ciudad y los subterráneos de sus estadios, se vengaba sobre las minorías de su pueblo, en particular los kurdos, y mató a todos aquellos que se habían osado a dar una autocrítica, incluso, en el seno de su propia familia.

Los soldados americanos regresaron a Bagdad en 2003 con el hijo de Bush. Y se recordará así para la historia, como el último dictador que tuvo la voluntad de remodelar a la fuerza el monopolio del poder y la soberanía entre Estados-nación (escribo esto sin ironía), la imagen de un pobre tipo, sacado de un subterráneo como una rata, con los ojos de un animal humano atemorizado, fotografiado entre las botas de los gallardos que dieron la pausa orgullosa de los bárbaros torpes para tratar la cuestión del respeto de la *dignidad humana* y a quien la "vieja Europa" todavía tiene que aprender mucho. Los mismos jóvenes bárbaros americanos torturaron después en la infamia a los prisioneros iraquíes, no tanto como para romperles un brazo o una pierna para sacarles información vital para la protección de los suyos, pero sí, despreciando la humanidad en ellos e inscribiendo sobre los cuerpos del otro el sello de la infamia. En otras palabras, quebrantando en un acto infame, la piedra angular de los valores universales para los pueblos europeizados, es decir, el *respeto de la dignidad humana* en cada uno. ¿Cómo encontrar después la raíz identitaria en estos valores sin atormentarse por el espectro del simulacro, el engaño y el escándalo?

### La "identidad" una cuestión tramposa, pervertida y perjudicial

La cuestión de la identidad europea -*Pero, ¿quiénes somos como europeos?* parece ser una cuestión *perjudicial* después de la caída del Muro de Berlín. Una vez que el tornillo asfixiante de la Guerra fría fue aislado, después de que bajara la tensión nuclear entre Moscú y Washington sobre los países de Europa occidental, central y oriental, la cuestión de la "identidad europea" viene a plantearse de manera perjudicial. Es una paradoja banal, al verse libre, el esclavo no sabe qué hacer con su libertad, dudando de repente de su nueva identidad de hombre libre y prefiriendo buscar de nuevo a quien enajenar su dignidad humana reencontrada.

Quizás, el episodio de la “liberación” del pueblo de Israel nos lo enseña. El *Libro del Éxodo*, por ejemplo, dice que los Hijos de Israel sedientos en el desierto, recriminaban a Moisés y le reclamaban con arrogancia: “¿Por qué nos has sacado de Egipto? ¿Para hacernos morir de sed con nuestros hijos y con nuestros rebaños?”<sup>26</sup> Un pueblo sirve solo para reclamar juegos y pan, cuando olvida el espíritu que lo guía, es decir, su identidad histórica y moral. Olvida, como nos lo recuerda Jesús, en respuesta a la tentación diabólica de transformar las piedras en riquezas gastronómicas o financieras, “el hombre necesita pan, pero de igual manera necesita amor”. Este mismo libro cuenta que Moisés clamó a su Señor: “¿Qué haré con este pueblo?, Un poco más y me lapidaran”. Ahora bien, Moisés acababa de liberarlos de la esclavitud para permitirles encontrar su dignidad humana.

Reconstruida, rica y alimentada de vida ideológica, pasando de lo absurdo y del existencialismo al consumismo, Europa al final del siglo XX, retoma conciencia en el temor y sin dudar de su papel histórico en el mundo.

---

26. LA BIBLIA, en *El Libro del Éxodo*, 17, 5-7.

Los europeos, responsables del pasado venidero, no soportan más la comedia de la preferencia, y aún menos la frivolidad que produce vivir en una concha de oro. “el mundo es un menú: hay que pedir y no desesperarse, tal es el fondo de la condición postmoderna” dice Peter Sloterdijk<sup>27</sup>. Privilegio reservado sin embargo, a algunos millones de individuos entre muchos otros millones muertos de hambre y de sed, en un mundo donde la dignidad humana no deja de ridiculizarse. ¿De qué sirve domesticar el desierto, si debemos rodear los vergeles de alambrados y vivir con temor perpetuo del otro?

Dotándose de un *Tratado constitucional* para la *Unión Europea*, se convoca a los ciudadanos europeos a salir de la era de la frivolidad. “Es frívolo quien, sin motivo serio que resida en la naturaleza misma de las cosas (habiendo enrarecido allí el espíritu) debe decidirse por esto o aquello –es el pato verde y no el carmín, el teriyaki de salmón y no el brazuelo de cordero, son las Seychelles (por supuesto, sin tsunami) y no Acapulco (sin el Subcomandante Marcos) Naomi y no Vanessa, (Star Académie y no

OM contra el Bayern de Munich) *los lujosos carros de Honda y no de BMW, Long Island y no el distrito XVI. Todo esto se produce en la conciencia, de que todo iría tan bien de otro modo*". Todo esto está condicionado, por así decirlo, no a una voluntad de poder nietzscheano, sino a *un principio regulador de voluntad de diversión*.<sup>29</sup> El hombre europeo eligió, por él mismo y por las sociedades modernas, divertirse volviéndose *como maestro y poseedor de la naturaleza*.

Como ya no soportan vivir solo en un club de ricos, rodeados de miseria y fanatismo, los ciudadanos europeos del siglo XXI toman conciencia de su posición en la vida planetaria. Tienen el deber y la responsabilidad de combatir por ellos mismos, como testigos prudentes y no como colonizadores ávidos, la lasitud de un espíritu cargado de historia y de nihilismo, la debilidad de una voluntad que vive en la comodidad y la mentira de un espíritu con el anhelo pervertido en el nombre propio del fuego sagrado.

Como cuestión perjudicial y amalgama deshonesta, actualmente, la cuestión identitaria es el trazo rojo agitado en Europa, por el Frente soberanista y por los euroescépticos que se creen investidos de una clase de "cruzada neonacionalista" en contra del individualismo liberal, del modelo deliberativo de la democracia transnacional, del proceso de *Unión* interdependiente de las naciones y de la regulación concertada de la globalización. Ese frente nacionalista quisiera hacer creer a los ciudadanos, que la "soberanía nacional" es en efecto, *su propio yo soberano* y que está, nuevamente, *en peligro*. Ahora bien, un "yo" que se cree en peligro de disolución, es la bestia más peligrosa de la tierra. De hecho, este Frente amalgama la Nación, tomada como la madre que abraza en su seno a todos sus hijos, la Realeza o la Iglesia que encarna a todos sus súbditos o fieles, con el Estado, tomado como dispositivo institucional moderno y laico de organización de la autoridad y del poder al servicio de lo público. De igual manera, está aquí, la idea de una Nación idolatrada como fuente única y trascendental de identidad de los individuos (lengua, tradiciones, cultura, gastronomía). En realidad, todo sucede como si la amalgama "Estado-Nación" se convirtiera en un nuevo Leviatán que "nacionalice" la identidad individual y polimorfa de cada uno, que "etiquete"

---

27. SLOTERDIJK, Peter. *Si l'Europe s'éveille, réflexions sur le programme d'une puissance mondiale à la fin de l'ère de son absence politique*. Frankfurt, 1994. Trad. M. Mannoni. Ed. Mille et une Nuits, Paris, 2003, p. 32 y Sig.

29. Idem, *Óp. Citado*, p. 33. Los paréntesis son hechos por mí.

29. Análisis de la noción de « Voluntad » en el espíritu propuesto por Solterdijk, en *Óp. citado*, p. 34

y “monoplice” las fuentes de identidad social o *núcleo arcaico*, de identidad estatal o carta de identidad, de identidad histórica y mitológica, incluso, de identidad planetaria o *Tierra-Patria*.

El Frente nacionalista y soberanista considera, por así decirlo, que la Nación o el “Pueblo” (en el seno griego de demo-cracia) sin el Estado es ciego (el Estado que se formó aquí como “concepto racionalizador” de la Nación o del Pueblo), y el Estado sin la Nación es vacío (La Nación se consideró aquí como carne que da vida al Estado). Los nacional-soberanistas son los “Ayatolás” de la República. No tienen que preocuparse por lo universal que la sostiene, los Derechos Humanos, ni tampoco por los tres principios universales encontrados por la Revolución francesa para el futuro de Europa y que guían la República moderna: *Libertad, Igualdad y Fraternidad*. Sacralizan el Estado en el altar de la Nación, amalgamando la ley y el espíritu, el poder temporal y el poder espiritual, la “voz del pueblo” o la soberanía popular (uno de los fundamentos necesarios y que no es suficiente en el ejercicio de la democracia) y la soberanía nacional (el ejercicio de la delegación deliberativa y legislativa, ejecutiva y judicial de la voluntad popular o colectiva).

Ahora bien, desde la Revolución francesa, el Estado no es otra cosa que una organización administrativa e institucional al servicio de la República, con respecto a los Derechos Humanos y la democracia. En efecto, esta “organización” quizás pueda estar al servicio de otra cosa. Se le ha visto en el “Estado Francés” en el periodo de Vichy. Todo ocurre, para el Frente soberanista constituido de nacionalistas Izquierdistas y Derechistas, como si allí hubiera añoranza de un Estado al servicio de algo más que la República. Por ejemplo, Un estado al servicio, de la “sangre de la nación” con sus “cartas de nobleza”. No es de asombrarse que se encuentre a los Monárquicos reclutados en los soberanistas.

Para los Estados democráticos europeos será necesaria una soberanía bien entendida; debido a que, son ellos mismos la diversidad en vista de la unión concertada y pacificada con la autoridad alterada, es decir, con la soberanía de los otros. No hay que renovar las guerras de “religión nacionalista”, porque no somos tan devotos de la Nación como las buenas personas del pasado. Nadie acepta más ser carne de cañón para los ídolos nacionalistas –piensa en *Viaje al final de la noche* 30\_.

Dos grandes guerras mundiales, el Nazismo, el Estalinismo y el Fascismo encontraron lo perverso que tiene la amalgama “Estado/nación” para las personas de Europa. Cuando la máquina técnica, administrativa y organizacional del Estado se pone al servicio de la “sangre de la nación”, es decir, de las pasiones populares, al final hay guerra civil o dictadura. El modelo deliberativo de la *Unión*, los conceptos de subsidiariedad y democracia trasnacional podrían ayudar a

comprender una soberanía cosmopolítica, a sosegar a los soberanos a cargo de la soberanía, si se reconoce que el Estado debe actuar en subsidiariedad por el respeto de las autoridades democráticas locales, regionales e internacionales. De igual manera, es seguro que necesitará en las personas europeas una aprensión justa de su propia nacionalidad como recurso de una identidad caleidoscópica y no como estandarte para preparar la guerra o principio de integración negativa o de exclusión positiva.

El proceso de *Unión* se presenta por medio del Derecho reaccionario y la Izquierda oportunista como un peligro para la identidad nacional y cultural de las cartas de identidad, así como el nuevo instrumento de liberalismo capitalista que obtendría la desnacionalización o la desreglamentación de los medios de producción para después descentralizarlos y jugar una concurrencia desleal en detrimento de los derechos laborales y de las convenciones sociales.

---

30. CELINE, Louis-Ferdinand. *Viaje al final de la noche*. Ed. Gallimard, Paris, 1952.

A este proceso de intención hecho al *Tratado constitucional* se añade, una duda identitaria que alimenta la argumentación a la Casandra y cargado de amalgamas del Frente nacionalista y soberanista. Se percibe entonces, una molestia relativa a la finalidad misma del proceso de *Unión Europea*, hasta tal punto que países miembros, tan importantes como Francia, no ratificaron el *Tratado* en su primera lectura. Este malestar cabría en dos amalgamas. La primera consiste en confundir el fin y los medios: confundir la globalización de los medios materiales y la finalidad identitaria (los valores universales de la *Unión*). En otras palabras, por una parte, la amalgama entre la globalización, y por otra parte, el llamado a una identidad para la *Unión Europea* que a la vez sea alimento de las “nacionalidades” como recursos de diversidad, pero teniendo una marca de reconocimiento propia y “desnacionalizada” como inspiración de Unión de las diversidades. Unión no es unicidad. Así mismo, en ningún caso se trata de operar una reducción o desaparición de la identidad de las naciones miembros en no sé cual dialéctica para un “Súper-Estado -Nación”. Al contrario, se trata de organizar la interacción y la complementariedad de estas identidades para la emergencia de una marca de reconocimiento o figura de *Unión*, es decir, para la actividad de una conciencia europea y de un progreso humano, económico, social y político para los 450 millones de individuos que pertenecen al tercer grupo de la población mundial, después de China e India. En este sentido, ningún país miembro de la Unión o candidato de esta *Unión* no es más o menos europeo que el otro. Incluso, se podría decir que Turquía no es más o menos europea que Francia o Alemania, Inglaterra o Polonia. Por la simple razón, que la nueva identidad europea, la identidad en rodaje de la *Unión europea*, no es como tal una nacionalidad, sino una ciudadanía

nueva. Se trata de hacer vivir para sí y para los otros, en todo lugar público y de memoria, así como en las instituciones públicas de los países miembros de la *Unión*, los valores universales que constituyen los derechos inviolables e inalienables de la persona humana. Me parece que este es el único criterio innegociable para ser miembro completo de esta *Unión*, incluso para establecer las relaciones internacionales honestas con otros países. Este criterio, piedra angular, debe comprenderse por todos los ciudadanos y sobre todo, por los policías que agreden a mujeres en una manifestación pública. Los otros criterios son estructurales (económicos y sociales) o ideológicos (históricos o religiosos). Esta es la cuestión capital a la que se enfrentan los hombres y las mujeres que tienen la responsabilidad histórico-prospectiva del querer ser de los europeos o de vivir en carne y hueso la conciencia de una nueva identidad europea. Algunos querrían esta nueva identidad ya totalmente hecha, a su imagen, por supuesto. El problema es que se la apropian, como una cosa, no para embellecer la repartición deliberativa y solidaria, en espíritu y verdad, sino para idolatrarla. Otros no la querrían de ningún modo, puesto que la creen en contradicción con su propia identidad y se la imaginan como una barbarie que baja de las montañas o una horda que viene de las estepas. Ahora bien, lo que asusta tanto, de esta identidad en rodaje, es que es una proposición para cada uno, con base en el *respeto de la dignidad humana*, para que se cultive y se civilice a sí mismo. Ahora bien, esto es una tarea difícil de hacer, puesto que siempre implica un replanteamiento de certezas, incluso, un cambio de paradigma y mentalidad.

Confundir los medios -incluidos en el *Tratado constitucional*- para lo que fue creada la *Unión europea* y la finalidad de la misma (ser "*unida en la diversidad*") también es negarse a ver en la construcción europea, una respuesta política de recuperación posible en la globalización económica.

Sin embargo, como lo sugiere Jean-Marc Ferry, es en "*la intención de recuperación política de la economía que la Unión europea encuentra hoy su legitimación más evidente*". Ferry propone considerar dos puntos que retomo aquí, a mi manera, sobre el proceso de construcción en curso de la *Unión*: o bien se le mira como un proceso fundamental *antipolítico* que acompaña e incluso, legítima la subversión de los Estados para una liberación de los mercados tirados en la jungla y abandonados al beneficio oscuro y corrupto de alguna *mano invisible*. O bien se mira al contrario, la construcción europea como una tentativa objetiva de recuperación de lo económico por lo político, con el fin, especialmente, de dotarse de medios para participar en la



regulación del plan mundial de los poderes económicos multinacionales que imponen la ley en los mercados y otros aspectos. Pero, también, se puede mirar como el esfuerzo concertado y pacífico de los hombres y mujeres que tienen la preocupación de ver en esta misma regulación, como piedra tallada y finalidad, los valores universales para la construcción de las identidades políticas emergentes-incluida la *Unión*-.

Desde la mitad del siglo XX, la comunidad europea fue obligada a dotarse de una autonomía económica, en primer lugar, repartiéndose los recursos materiales entre los países miembros. Al comienzo del siglo XXI, es el segundo poder económico mundial. Una nueva etapa se está gestando, la de la *Unión política*. En efecto, se trata de dotar de una “autonomía política” planetaria, a la organización administradora e institucional desigual para los estados, así como para las naciones cultural y lingüísticamente diversas, y para los pueblos con etnología mestizada, con respecto al futuro incierto del mundo. Se trata de poner al servicio de la paz y del bienestar de las personas, la base de los valores o principios respetados por todos los estados y *fuerzas vivas* de las naciones que integran esta *Unión en la era del respeto de la dignidad humana desde el punto de vista cosmopolítico*.

A primera vista, no se ve en este proceso una necesidad trascendental. En primer lugar, se trata de una necesidad funcional y pragmática necesariamente insuficiente. Los pueblos organizados en Estados-nación se convierten en la escala internacional, de las unidades desplazadas por la globalización de las interdependencias económicas, jurídicas, culturales y ecológicas. De esta manera, en el espíritu de la *Unión europea*, las grandes funciones de soberanía tradicionalmente atribuidas a los Estados nacionales, tales como la moneda, la defensa, la educación, la policía, la justicia, incluso la diplomacia, se vuelven a definir teniendo en cuenta las “recomendaciones y directrices de la Unión”, con el fin de actuar de manera concertada y de regular la interdependencia de manera creativa y sin violencia.

Sin embargo, esta primera amalgama nos pone en una paradoja que engecece, desde que la *Unión europea*, y especialmente sus instancias de decisión y ejecución, el *Parlamento*, el *Consejo* y la *Comisión* no están formadas por los ciudadanos de los países de la *Unión* como la representación elegida de una identidad o de una comunidad de destino.

La paradoja se comprueba insuperable, nos alerta Jean-Marc Ferry, “*mientras que se identifique estrictamente la soberanía popular, es decir, la democracia, en la soberanía nacional y esta última en la soberanía estática*”<sup>32</sup>. Todo ocurre precisamente como si el Estado-nación tuviera el monopolio de la democracia.

---

31. Óp. Citado, p. 18 y sig.

32. Ídem, p.19.

Mientras que la democracia está igualmente en gestación por todos lados, donde los hombres y las mujeres se organizan para resolver en conjunto las apuestas comunes transversales y deciden de manera concertada unir sus medios para llevar a cabo las acciones que responden a los principios que estas mismas personas reconocen y respetan, y a los objetivos que evalúan y hacen evaluar en sus contextos.

La identificación perjudicial, propia de la asimilación del Estado en la Nación, o a la nacionalización y la monopolización para el Estado de la democracia como “pueblo” y como “identidad nacional”, hace emerger la segunda amalgama que sostiene la precedente, que es la amalgama entre la globalización y la *identidad trasnacional*. Contrario a Ferry, llamo la identidad que emerge de la Unión europea, “*identidad trasnacional*” y no “*postnacional*” o “*hipernacional*”, por todas las razones que indico.

En un contexto de amalgama “Estado-Nación”, el proceso de la *Unión europea* se veía desacreditado por el Frente soberanista y nacionalista. Este la califica entonces de “Estado en el Estado”, de máquina burocrática -traducir: de rueda institucional o administrativa que no está al servicio de *Un pueblo*, ni al servicio, en suma, de una *Identidad nacional*, sino de una *Identidad trasnacional*. Desde entonces, piensan ellos, este proceso deliberativo se veía afectado por “déficit democrático”. Claro está, este Frente concibe la democracia como el monopolio del Estado y de la soberanía nacional. Faltará un cambio de paradigma y de mentalidad para desnacionalizar la democracia y sosegar la soberanía.

La segunda paradoja se comprueba en su contorno invencible, mientras que no se deje de establecer la identificación perjudicial entre nación y democracia; mientras que se niegue a distinguir entre soberanía popular y soberanía nacional, entonces toda comprensión de interdependencia del poder soberano será comprendida como una pérdida de soberanía popular, es decir, como una “pérdida de pueblo” de “nacionalidad”, de “democracia”.

Tranquilamente, hace falta demostrar la tesis según la cual *la nación es la comunidad de los ciudadanos*. La nación que aquí sería lo universal por lo que el individuo sería trascendido. Ahora bien, la nación no es más que la singularidad de un pueblo y no su universalidad. Las figuras nacionales no expresan lo universal, sino que expresan las singularidades, diversidades e idiosincrasias. Puesto que, para un *Persona* lo universal no sabría ser ni el “Pueblo”, ni la “Nación”, ni el “Partido”, ni la “Religión”, ni la “Razón”. Quizás, lo universal yace en la *dignidad humana* y

aparece respecto a la alteridad y la identidad en la acción del respeto mismo de esta dignidad. Como el “hombre de bien” en Aristóteles, por ejemplo, es aquel que hace el bien, que “individualiza”, “singulariza” o “personaliza” lo universal.

De igual manera, es necesario desmontar, como lo hace hábilmente Ferry<sup>33</sup>, los silogismos por la *forma* y el *contenido* de la democracia moderna propuestos por los nacionalistas y soberanistas, procurando habilitar la idea, según la cual, la democracia es imposible sin la nación por la forma y que solamente tiene de democracia nacional su contenido. Todavía está en filigrana la idea de una nación aceptada como universal unificador que daría a la democracia, por una parte, su *forma* o síntesis nacional; es decir, habría tantas formas democráticas como naciones, y por otra parte, y de nuevo su contenido, en otras palabras, *no tendría otra idea de democracia más que la nacional*.

---

33. Óp. Citado p. 21

Ahora bien, justamente, toda la historia de la democracia desde sus orígenes griegos hasta el *Tratado constitucional para la Unión europea*, pasando por las Revoluciones inglesa, americana y francesa, muestra que la democracia da una forma política estable a las naciones. La democracia es la que le permite a un pueblo, identificado como nación, acceder al universal organizador de lo político. Se trata de un proceso esencialmente educativo, como lo muestra Werner Jaeger en su libro magistral sobre el genio democrático ateniense.<sup>34</sup>

Igualmente, conviene proteger lo universal de la Revolución francesa, los Derechos Humanos, de la misma amalgama que busca nacionalizar la república y la democracia, cuando, como lo indica Ferry, se afirmaría que “*nación y república son hermanas gemelas, ambas, hijas de la Revolución francesa*”.<sup>35</sup> La reducción de la democracia en la expresión republicana condujo, en nombre de la “República”, a la puesta en marcha de un régimen del terror que pervirtió la Revolución francesa. No se democratiza la nación con la bayoneta o con el bolillo. Es continuar la amalgama perjudicial Estado-Nación más que “nacionalizar” de esta manera la República. Como tal, la República y la Democracia no pertenecen a la Nación francesa por ejemplo. Una, es una invención romana, la otra, una invención griega. En efecto, la Revolución francesa les hace renacer de las cenizas grecorromanas y la Convención segunda, los procedimientos populares (democráticos) que ya se encuentran en el Tercer Estado y en el libro de quejas. Por otra parte, la “nación francesa” es el crisol estructurado sobre las vías greco-judío-romanas, donde se unen las tribus bárbaras romanizadas -recuerde a los Francos que terminaron por

liberarse de la tutela romana. Es la resultante de los pueblos mestizados, con la identidad cultural, lingüística y con diferentes creencias –recuerde a los Cátaros-. Es una injusticia hecha a la historia y a la memoria, a la grandeza de la Nación francesa, el considerarlas a la una, una especie de hija natural de la Revolución, y a la otra, una hermana “gemela” de la República, con el fin de encontrar los argumentos para los nacionalistas y los soberanistas. Por otro lado, al examinar más de cerca, este crisol extraordinario ya no es el monopolio de la Realeza, ni de la República o del Estado, ni del Papado o el Imperio. Así pues, hay que desnacionalizar o “deskafkaneizar» el Estado. En otras palabras, devolver al estado su dimensión laica, administrativa y operatoria, con el fin de que esté al servicio, únicamente, de los principios fundamentales de la República: *Libertad, Igualdad y Fraternidad*. De igual manera, hay que desnacionalizar la Nación, es decir, tomar a la máquina estática, el principio identitario del nacionalismo, con el fin de hacer del estado una herramienta ciudadana y republicana verdadera.

« Unión europea », una nueva identidad para los pueblos europeizados.

El nudo gordiano de la identidad de la *Unión Europea* que emerge, reside en su capacidad de desnacionalizar los Estados-Nación, mientras que se refuerza el sentido democrático y la conciencia cívica de los hombres y mujeres que viven, labran y aman en esta región del mundo. El mayor desafío consiste en desnacionalizar las naciones, en sosegar las soberanías y en devolver la democracia a las manos de los ciudadanos, regulando el capitalismo y combatiendo incesantemente por medio de la educación (memoria, ciencias y artes), las amalgamas perjudiciales para la paz y el bienestar del pueblo.

---

34. JAEGER, Werner. *Paideia la formation de l'homme grec*. Trad. de M. y Mme Devyver, revisado por el autor. Ed. Gallimard. Paris, 1964.

35. Óp. Citado p. 20

La identidad en la gestación de la *Unión Europea* se da únicamente en la alteridad. Es descentrada, caleidoscópica y polimorfa. Recobra una memoria que se inspira en la identidad humana y que se personifica en una voluntad práctica de comunidad legal y moral. Da testimonio de reconocimiento histórico mutuo, de sentido cívico y ético que supone una conciencia de corresponsabilidad sobre los objetivos contextualizados y los desafíos transversales. Posee una persona jurídica que regula los intereses solidarios abiertos del mundo.

La *dignidad de la persona* es tanto un soporte anclado en las herencias culturales, religiosas y humanistas de Europa, como un motor espiritual que integra la memoria venidera del *Tratado constitucional* y de la *Carta de los derechos fundamentales de la Unión*. En efecto, sin dignidad humana, los otros valores en los que se basa la *Unión*, es decir, la *libertad*, la *democracia*, la *igualdad*, el *estado de derecho*, así como el *respeto por los derechos humanos*, que comprenden los *derechos de las personas que pertenecen a las minorías*, serían ciegos.

Es interesante resaltar que se encuentra la *dignidad de la persona*, y no algún César o algún Dios, en el valor fundamental del proceso de la *Unión* en la obra. En otras palabras, la *dignidad* es como el substrato ético del principio de cooperación y de procedimiento concertado, que organiza de manera, tanto programática, como estratégica, jurídica y política, el monopolio del poder y la autoridad entre los países de la *Unión*. De esta manera, se trata de regular, más por el espíritu que por la letra (actos, leyes, decretos, órdenes o circulares) el proceso de interdependencia de las soberanías, nacionalidades, regionalismos, minorías e intereses de las multinacionales que se encuentran entre los países miembros.

El lema propuesto por el *Tratado constitucional de la Unión Europea* declara de manera correcta lo que ella debe ser: "*Unida en la diversidad*". Esta nueva identidad, como tal, no es más ni menos francesa, alemana, inglesa o española, puesto que no será más o menos turca el día en que Turquía se vuelva miembro en su totalidad. Cada país tiene su propia identidad nacional y la mantendrá, como cada región, cada pueblo y cada familia la mantienen mientras que participan de la democracia local, departamental, regional, nacional e internacional. Por la simple razón de que la nueva identidad tiene como fundamento el *respeto por la dignidad de la persona* y no por la cristalización revolucionaria de alguna nación o aplicación consular de algún nuevo edicto de *Caracalla*. De igual manera, la identidad en rodaje de la *Unión europea* no es tanto la suma de las culturas nacionales de los países miembros, que forman los préstamos milenarios efectuados a las culturas asiáticas, china, egipcias, precolombinas, etc., sino la instauración de una supra cultura, a la manera de algún nuevo imperialismo o alguna nueva revolución cultural totalitaria.

No ignoro que estos valores, que emergen de los Tiempos Modernos y se consolidan a través de los Renacimientos de estos pueblos en el origen bárbaro, hacen reír, de dientes para afuera, los eurocépticos y sobre todo son el objeto de burlas bastante agrias por parte de los nihilistas de las barras, siempre en busca del escándalo, aferrados en su lógica de voluntad de poder inquisidor y que opongo a los nihilistas animados y tonificados del *Gai Savoir*. No ignoro tampoco que "en nombre" de estos valores, una cierta idea de poder, que une Cruz o Media Luna y Cetro, los pervirtió y aún los recluta. Desde luego se necesita, una duda saludable, que se lleva tanto en su principio motor como en su principio final. Pero no debe confiscarse por el nihilismo, que es una enfermedad crónica de la cultura europea.

Esto, diagnosticado de manera magistral al final de silgo XIX, por el filósofo alemán o “médico del alma” (la imagen es platónica), Frédéric Nietzsche, hoy no es el objeto principal de mi tema. Sin embargo, ninguno sabría pensar la nueva lógica, o más precisamente la dialogía organizadora de la obra en los procesos de identidad en rodaje de la *Unión europea*, sin tener como telón de fondo, la conciencia de un nihilismo más destructor que conspirador, de un nihilismo, en el fondo, de pequeño burgués medianamente culto, conspirador, reivindicador y profundamente amargado, con la mentalidad colonizadora, heredera de un *delirium imperium*, que se sabe sin cartas de nobleza y que cree acceder a la aristocracia del espíritu por la postura nihilista. En otras palabras, el nihilista conspirador piensa resolver el problema de identidad del “pequeño yo” por medio de un dispositivo de usurpación de la razón y perversión lógica. Creyendo establecer el criterio de la verdad por el solo hecho de que toda verdad sería una construcción de significación, de hecho, el nihilista reivindica de nuevo el principio esencialista de una verdad que es una concordancia con lo real. La concordancia que no es aquí otra cosa más que la concordia y que traduce de hecho la dinámica de un sujeto que conquista en él, para él y por él, la identificación de la verdad con lo real. Desde entonces, el nihilista cree que la lógica no es más un imperativo destinado al conocimiento de lo verdadero, sino un arma para hacer y acondicionar un mundo que considera para él y para los otros el único “mundo verdadero”. Y erige para hacerlo altares de oro dorado o negro, en la montaña, en el centro de la ciudad o en los Nuevos mundos o en los Nuevos territorios conquistados con la espada o el misil. Cuando este nihilismo hace parte de la técnica que en vez de construir, destruye; la burocracia que en vez de activar, momifica y sirve a lo público y al economismo de los expertos que se embelesan por la mentalidad capitalista de los Estados-Nación, el principio auto-eco-reorganizador de la *Unión europea* piensa solo en atesorar, en descartar y matar en nombre de los ídolos. Está atascado en una técnica ciega y destructora; hace impensable la dignidad humana como valor fundamental de las relaciones entre las personas humanas y/o jurídicas (Estados, ciudadanos, instituciones laicas o confesionales, administraciones, empresas). Este valor se vuelve entonces impensable, puesto que se retoma en un paradigma lógico clásico de verdad y error. En otras palabras, para regresar al proceso de constitución interna de la identidad de la *Unión europea*, los euroescépticos y los nihilistas provocan la sospecha según la cual los valores fundamentales de esta *identidad* serían en efecto, “apariencias” o “simulacros”.

Los euroescépticos y los nihilistas habrían querido para este *Tratado constitucional* un texto firme en el mismo, claro y distinto, de lectura transparente y que tenga una sola interpretación verdadera (Desde luego, la de ellos), en la lógica binaria y disyuntiva, a la manera de un reglamento de cuartel. Debido a que tienen la nostalgia de una autoridad piramidal y de una soberanía única e indivisible, que pueda operar de manera totalitaria en París y Berlín, en Roma o Madrid, en Londres o Varsovia, una clase de nueva alianza entre el poder temporal y el poder espiritual al servicio de su tribu respectiva... los euroescépticos y los nihilistas europeos tienen la nostalgia de los imperios nacionalizados, incluso glorificados, y no tienen nada que hacer con una *ética reconstructiva* para las identidades nacionales como para las relaciones internacionales, de una *auto-eco-crítica* que estructura los reconocimientos de identidad y de alteridad recíprocos y que permite un diálogo intercultural de los pueblos. La comprensión de una ciudadanía transnacional implica una abertura de las memorias nacionales de alcance ético y que vuelva sustancia de una comunidad moral y de un orden político estructurado por la memoria que comparte las atrocidades cometidas por los nacionalismos, en particular sobre los pueblos minoritarios.

El frente nacionalista, soberanista y euroescéptico desprecia por eso mismo, el *Tratado constitucional* que propone un texto orgánico, rico y complejo, a la lectura interpretativa, que integra por su comprensión las lógicas contrarias y complementarias. Un texto eco-reorganizador que emerge de la concertación, deliberación, cooperación y solidaridad entre los gobiernos democráticos. Un texto prueba que sea un simple *Tratado* internacional, con la ambición constructiva, señalada entre los Estados soberanos.

Hay que comprender que la apuesta y el desafío es el de una nueva conciencia identitaria, que emerja de procesos de la *Unión europea*. Desde el fin de la Segunda guerra mundial y más precisamente desde la Caída del muro de Berlín, se puede apreciar en esta región del mundo un evento inédito en la historia de la humanidad que opera una revolución paradigmática en tiempo de paz y que conduce a volver a pensar la relación con tiempo, es decir, la cuestión histórica y cultural de identificante interno, así como el espacio, en otras palabras, la cuestión de sus fronteras geográficas que se traducen en nuestros días en el pasaporte para sus ciudadanos y en informes jurídico-administrativos de muchas generaciones y cláusulas estratégicas evolutivas para sus relaciones con su periferia.

El *Tratado constitucional* organiza, regula, equilibra de otro modo la comprensión de los valores universales relativos a las relaciones humanas, sociales, económicas y políticas. La apuesta capital de este proceso se juega sobre el terreno de *la complejidad del modo de organización* de las herencias culturales, religiosas, y humanistas de Europa, en particular, sobre una nueva comprensión del principio político motor del poder temporal, es decir, el imperialismo. Inspirándome en el pensamiento de Edgar Morin, para concluir en este punto de manera provisoria, diría que la nueva identidad europea, en rodaje, es una salida de la “edad de la espada” en Europa, para la comprensión de las relaciones de interdependencia del estado, incluso, una salida de la “edad de la amalgama” entre la espada y la cruz para la comprensión de la teología-política.

Por último, este proceso de *Unión* también es la esperanza de una identidad europea en la que la dramaturgia no sería más una *comedia del arte imperialista*<sup>36</sup>, sino una organización consciente de las modalidades de auto-eco-regulación para la globalización, en donde los objetivos pueden ser también para todos los Habitantes de la Tierra, un espacio de libertad, seguridad y justicia, sin muros ni fronteras interiores, y una economía social de mercado donde la competencia será libre y no falseada por la corrupción bárbara o legalizada.

Esta nueva identidad es la esperanza de una europeidad en la cual el criterio no es más el Oro como medio y la Fe como finalidad, o viceversa, según el lado en que se encuentre, del Colón colonizador o del Colón evangelizador. Dicho de otro modo, la esperanza de un espíritu motor europeo que no sea pervertido por el capitalismo, ni cegado por una encarnación histórica burocratizada o “club cristiano”.

Esta nueva identidad europea será motivada por el querer estar juntos y ser solidarios de una comunidad del destino capaz de regular los egocentrismos económicos de los Estados-naciones y los egocentrismos nacionales auto-destructores. Los individuos que estarían conscientes, deberían ser capaces de oponerse a la pequeña política de la soberanía chauvinista, que quisiera perpetuar la división europea. Deberían entonces, poder decir a la manera de Nietzsche: “¿Qué pueden importarnos los oropeles con que un enfermo engalana su debilidad?”

---

36. La imagen a la italiana, relativa a la cuestión del concepto de « mythomotricidad » de Europa, es de Peter

Sloterdijk, en *Óp. Citado*, p. 52 y sig.



*Aunque él pueda exhibirla como su virtud*<sup>37</sup> o cantar con Rimbaud en su "Bateau ivre" Si algún agua de Europa deseo, un "agua viva" si me atrevo a decir, para poner las velas de esta nueva Europa que es una clase de "barquito frágil como mariposa de mayo" no se debería hacer más

*"Ni traspasar orgullos de banderas y grímpolas,  
Ni nadar a la vista atroz de los pontones"*<sup>38</sup>

Es evidente que este querer estar unidos como un querer vivir "unidos en la diversidad", como una comunidad del futuro en gestación y como una presencia aquí y ahora de la nueva consciencia europea resultante de esta *Unión*, es una tarea capital, aleatoria e incierta. Es una lucha cotidiana para superar las tinieblas de Auschwitz o del nihilismo europeo y para querer ser de otro modo más que materia en simple descomposición museográfica.

Igualmente es evidente que un querer ser de este género renovado testimonia ante todo un esfuerzo de pensamiento y una singularidad de acción. Esto entonces quiere decir que es en el interior de los individuos conscientes de su participación en la emergencia de esta nueva identidad que se libra un juego, el juego de lucha para encarnar esta nueva esperanza.

Los europeos que resultan de la *Unión europea* deberán ser individuos capaces de pensarse a la vez como constituidos de materia y espíritu, arraigados en el cosmos y en la vida, y conscientes de tener una identidad polimorfa, sembrada de futuro. Y no solamente arraigados en la noche de su pasado, como idolatras de su ignorancia y las de los otros, o arrogantes de su propia verdad y adoradores de sus ídolos.

Para pensar esta nueva identidad, en otras palabras, para *Pensar en Europa*, como invita a hacerlo desde 1987 Edgar Morin en su libro sobre la cuestión<sup>39</sup>, son necesarios los principios lógicos nuevos y un cambio de mentalidades. Dicho de otro modo, nos hace tener en cuenta un paradigma que es una verdadera transformación del modo de pensamiento, del mundo del pensamiento y de lo pensado. En otras palabras, "cambiar de paradigma, es a la vez cambiar de creencia, de ser y de universo"<sup>40</sup>.

A la identidad que está en transformación, sin embargo, es posible asignarle signos precursores claramente identificables para aprehender su forma. Desde el punto de vista político, el más importante es el proyecto de *Tratado constitucional* en proceso de ratificación por los países miembros. Puesto que este *Tratado* le dará una personalidad jurídica. De esta manera, la Unión podrá responder a una vieja broma que divertiría mucho a los poseedores del poder imperial americano, según la cual dudaba de la existencia de Europa porque niquiera tenía número de teléfono propio. Es verdad que esta broma había sido pronunciada en la época

pasada de la Guerra fría. Y la postura mental que la justificaba era entonces mientras estaba el poder imperial soviético. De igual manera. Recuerden otra broma del mismo calibre, procedente de Moscú esta vez, según la cual se creía ridiculizar el Estado del Vaticano, preguntando cuántos tanques de guerra tenía.

---

37. NIETZSCHE. *Le gai savoir* (§ 377 *Nous, sans-patrie*). Trad. de M. Vialatte. Ed. Gallimard, Paris, 1950.

38. RIMBAUD, Arthur. *Le bateau ivre*, Paris, 1871.

39. MORIN, Edgar. *Pensar Europa*. Ed. Gallimard, Paris, 1987.

40. En MORIN, Edgar. *El método 4. Las ideas*. Ed. de Seuil, Paris, 1991, p.231

Esta broma, relativa a la fuerza de la espada, hace pensar en Pilatos interrogando a Cristo sobre su "poder" y este le respondió en la fuerza del espíritu o, si se prefiere, en la fuerza del derecho que es cualitativamente superior a la del derecho por la fuerza.

También, se puede considerar los valores que la fundan como los signos precursores de esta nueva identidad: el respeto ante todo de cualquier *Dignidad humana, Libertad, Democracia, Igualdad, Estado de derecho, Derechos del hombre*, comprendidos en los Derechos de las personas que pertenecen a las minorías. Para que estos valores puedan ser, en efecto, comunes y respetados, la sociedad debe caracterizarse en estos estados miembros por el *Pluralismo, la No discriminación, la Tolerancia, la Justicia, la Solidaridad y la Igualdad entre las mujeres y hombres*.

También buscan darse una nueva "voz política" en el concierto de las naciones, no solo política sino moral también, al cavar un nuevo surco histórico, una vía inédita, que tiene en la memoria su vía romana, pero no solamente, porque afortunadamente no todos los caminos conducen a Roma y no todos proceden de allí. La Romanidad es necesaria para la memoria europea, pero no es suficiente para la identidad en rodaje de la Unión que requiere de igual manera una Latinidad abierta sobre el mundo, que recuerde el futuro y que construya mientras camina una vía inédita con el lema "Unida en la diversidad" y sobretodo, con el horizonte abierto para el futuro, simplemente, con el fin de vivir y amar los unos a los otros, que alumbra los temores del futuro y las tinieblas del pasado de una luz reencontrada, esto es, la dignidad humana./

*París -Estambul, abril 2005*

